

EDITORIAL:

EL DESTINO DE LA CUMBRE DE LAS AMÉRICAS

La reciente Cumbre de las Américas que ha tenido lugar en Perú, durante este año, nos depara una visión bastante compleja de las relaciones en el conjunto de América y, asimismo, hace que crezca aún más la incertidumbre y el desasosiego respecto a cuál debe ser el futuro de la región. Es verdad que, desde hace tiempo, esta Cumbre no producía resultados efectivos y que, además, se había constituido en un foro de debate y de encuentro del que tan sólo se destacaban algunos gestos y anécdotas. Desde que, en 2005, se abandonó la iniciativa de establecer un Área de Libre Comercio en las Américas, la Cumbre quedó prácticamente sin contenido real y tan sólo tuvo la virtud de proporcionar algunas fotos significativas como el encuentro del Presidente de los Estados Unidos y Cuba, en la Cumbre de Panamá en 2015. La cuestión a resolver es, sin embargo, si merece la pena continuar con una expresión de la diplomacia multilateral en América como es la celebración de esta Cumbre o, si por el contrario, hay que ir abandonando en la región lo que se ha denominado la “diplomacia de las Cumbres”. No tenemos una respuesta completa para esta cuestión porque, además, las relaciones internacionales tienen la virtud, en ocasiones, de volcar todas las previsiones que se pudieran realizar al efecto. Lo que sí está claro es que, en la actualidad, la Cumbre de las Américas, después de la ilusión que generó en 1994 con la primera Cumbre en Miami, se evapora y llega a concebirse como una reunión que supone un “incordio” para los principales mandatarios americanos que se ven en la obligación de asistir o de justificar su inasistencia. Desde luego, no se observa ilusión alguna en el desarrollo de esta Cumbre. En cualquier caso, intentemos rescatar algunos rasgos que quizá den sentido a la celebración de la Cumbre o que nos llevarían, por el contrario, a proponer su desaparición:

En primer lugar, la actual Administración de los Estados Unidos no expresa un especial interés por esta Cumbre. El Presidente Donald Trump, en particular, ha abandonado las reuniones de carácter multilateral y prefiere relaciones puramente bilaterales con los Estados latinoamericanos, algo que practica también en sus

relaciones con el resto de los Estados del planeta. La idea de “las Américas” casa mal con la política que ahora ejercen los Estados Unidos que parte de una visión en la que sólo hay que defender los intereses internos de los propios Estados Unidos y de sus ciudadanos. Poco cabe hacer para impulsar y fortalecer la Cumbre con esta posición política que huye de una relación entre Estados Unidos y América Latina que tenga lugar con carácter multilateral. Ahora bien, esta posición no tiene porqué ser constante. Es difícil que varíe en poco tiempo mientras dure el mandato del Presidente estadounidense e, incluso, es posible que opte a la reelección y que se mantenga esta posición. En todo caso, no olvidemos que es una política coyuntural y “alocada” que, por esencia, puede deparar soluciones contradictorias. En otros términos, nada indica que la Administración del Presidente Trump busque en la Cumbre un foro para relanzar sus relaciones con América Latina pero tampoco cabría descartar que se llegue, en cualquier momento y sin motivo, a la solución contraria. En esencia, los Estados Unidos no están interesados por ahora en la Cumbre porque ni tan siquiera buscan ampliar los espacios de Libre Comercio. Esto último parece cierto.

En segundo lugar, no es fácil determinar tampoco las posiciones que mantienen muchos Estados latinoamericanos y caribeños en relación con la Cumbre. Ha crecido, en los últimos años, el número de Estados latinoamericanos que abogan por el Libre Comercio y que teóricamente estarían muy interesados en potenciar la celebración de este tipo de reuniones. Pero existe una enorme dispersión en las posiciones políticas de los latinoamericanos que impide que se llegue a posiciones comunes en el conjunto de América Latina. En verdad, los países de la región, salvo algunas excepciones, están apostando también por el desarrollo de políticas exteriores particulares e intentan solventar los problemas a los que se enfrentan cada una de sus sociedades con escasa cooperación internacional. Por un lado, Brasil se debate todavía en una situación en la que no se percibe una determinada salida en lo político y en lo económico y, por otro lado, México acaba de abrir una etapa que esta repleta de incertidumbre y no se sabe en qué dirección caminará el gobierno de López Obrador. La integración en América Latina y el Caribe está en una etapa de estancamiento y ello hace que no existan posiciones nítidas de estos países en la Cumbre de las Américas. Además, cabría preguntarse qué pudiera aportar, en estos momentos, esta Cumbre al devenir de los Estados latinoamericanos y caribeños. En definitiva, un panorama sumamente

fragmentado y disperso que no favorece la adopción de posiciones comunes en un foro que, además, está bastante privado de contenido.

Por último, los países de la región americana parece que están resignados al destino que les depara la historia. No ha sido posible nunca estructurar, más allá de la OEA con todos sus avatares, una comunidad que dé respuesta compartida a los retos a los que se enfrenta la región. No se ha llegado a construir una “identidad americana” a pesar de todos los esfuerzos del panamericanismo. La Cumbre tampoco ha cumplido una de las funciones a las que respondía su nacimiento: la creación de un espacio común entre todos los americanos y, en particular, el establecimiento de un espacio económico que hubiera supuesto un cambio trascendental en las relaciones internacionales contemporáneas. Ninguno de estos objetivos se ha logrado y todavía cabe esperar mucho tiempo para que la integración económica alcance al conjunto del continente americano. Incluso, se observan señales de que se están diluyendo también los componentes que se venían perfilando de la “identidad americana”. La Cumbre no ha cumplido, por lo tanto, sus finalidades y no se pueden anotar muchos logros en su haber. En realidad, debemos ser conscientes de que la diplomacia y la política exterior mediante Cumbres de este tipo expresa síntomas de agotamiento. Quizá hay que idear nuevas fórmulas para avivar la cooperación internacional en América.